

Historias de Aquí e de Acolá

PERSONAJES DE AS PONTES MANUEL DE ALBARÓN

El personaje de hoy nació a principios del siglo XX en el lugar de Albarón, situado a la orilla del río de Illade, en nuestro municipio de As Pontes. Nunca se le conoció apellido alguno, y de ahí que nosotros le llamamos siempre Manuel de Albarón. Éste era un pobre de solemnidad, poco hablador, y apenas si cruzaba palabra alguna con sus vecinos del barrio. Cuando pedía limosna, lo hacía de un modo callado, sin exteriorizar su necesidad. La gente del pueblo lo conocía tan bien que, cuando Manuel se dejaba ver, era porque el hambre había llamado a su puerta. Su vivienda, de reducidas dimensiones, estaba ubicada en el entorno de El Pinar, lugar muy próximo a la capilla de El Carmen, en una fila de casetas de planta baja, al lado del camino. Pegado a la puerta de entrada tenía su fogón donde cocinaba, y podía calentarse en tiempo invernal. En su parte trasera tenía su camastro, que contaba con dos tableros curvados por el paso de los años. Se abrigaba con dos mantas muy gastadas, que le protegían de los fríos invernos. El viento era su aliado, que con su murmullo entre los pinos se encargaba de arrullar, noche tras noche, el sueño del extraño mendigo.

Según comentaba la gente mayor de aquellas aldeas, siendo muy joven había emigrado a la isla de Cuba, donde trabajó varios años, no se sabe en qué, sin lograr hacer fortuna hasta que su salud mental se resintió de tal modo que fue repatriado, asentándose, a su regreso, en nuestra villa, dedicándose a la mendicidad de por vida. Nunca hizo daño a nadie, y su existencia transcurrió pacíficamente sin más ambición que subsistir, dejando correr los días, sin aspirar a otra vida mejor. Riqueza nunca tuvo, ni tampoco obligaciones que cumplir, y, de esta forma, siempre se sintió feliz.

Como una chiquillada más de nuestra corta edad, a espaldas de nuestros padres, en un anochecer de principios de invierno, y para combatir nuestro tedio, decidimos llevar a cabo una misión de auténtico espionaje sobre la cabaña de Manuel de Albarón. Sigilosamente, nos aproximamos hasta la chabola donde Manuel preparaba su cena en el fogón, mientras mantenía una animada conversación con algún desconocido personaje de su misterioso pasado. A través de las rendijas de la desvencijada puerta podíamos observarlo, como movía sus ojillos que despedían unos reflejos de las llamas del hornillo donde Manuel calentaba algún alimento que desprendía un tufillo agradable, que invadía el entorno de la cabaña. En su simulado diálogo con su ficticio interlocutor mantenía un tono amistoso, nunca de enfado, y repetía a cada rato: ¡APRETA, MANOEL, QUE HAI CURVA...!. Esta frase nos causó tanta gracia, que en días sucesivos a nuestra aventura nocturna, cuando

cruzábamos en la calle al bueno de Manuel de Albarón, se la repetíamos, y él con un murmullo muy significativo, pasaba olímpicamente de nuestro fastidioso comentario...

Al verano siguiente, en una tarde muy calurosa del mes de Agosto, cuando la gente huía del bochorno estival, permaneciendo encerrada en sus casas a la espera de que amainara el sofocante calor, alguien dio la voz de alarma de que a Manuel de Albarón le sucedía algo grave. Él permanecía tumbado en el campo, a la sombra de un árbol, con la pernera del pantalón remangada, contemplando muy preocupado, una herida infectada en su pierna. El dolor tenía que ser insostenible, pero Manuel no lo exteriorizaba. La gente acudió pronto en su auxilio, y se decidió llamar al médico para que le prestara la atención sanitaria que el caso requería, pero no fue posible localizarlo. Ante este contratiempo, se acudió al farmacéutico, don Julio Yllade, quién acudió sin tardanza con vendas, ungüentos y todo lo necesario para proceder a la cura urgente de la pierna infectada del pobre Manuel. Éste, durante la labor de limpieza de la herida no soltó ni un gemido, ni una sola palabra de protesta, Soportó con abnegación todo este proceso. Después de vendarle la herida, el farmacéutico aconsejó que se le trasladara hasta su cabaña en una improvisada camilla donde lo acomodaron para su recuperación. Fue tan eficaz el tratamiento prestado por el farmacéutico al sufrido Manuel que, a los pocos días se le pudo ver caminado, apoyado en su bastón, sin mayor dificultad.

A todos nosotros nos causó tal impacto el proceder de este mendigo que, desde entonces, cuando nos cruzábamos en su camino, lo saludábamos con todo respeto y afecto, con un ¡Adiós, Manuel!. Y él nos correspondía con una sonrisa de satisfacción, al tiempo que tocaba su gorra con la punta de sus dedos..

EPÍLOGO

Desde aquella tarde estival, no volvimos a urdir, por nuestra parte, más escuchas furtivas a domicilio, ni más frases impertinentes, ni más bur-las incontroladas.

Manuel de Albarón nos había dado toda una lección con su ejemplar comportamiento ante el sufrimiento humano.

Los que conocimos al genuino indigente, guardaremos un emotivo recuerdo de este hombre que, siendo el más pobre, albergaba en su interior una gran riqueza de conformidad, pundonor y valentía...

Chucho Penabaz

Pedir lo imposible



No cabe duda de que el hecho del llenado del lago a partir de diciembre del presente año y a lo largo de los próximos cuatro va a resultar un acontecimiento para todos nosotros casi diríamos apocalíptico, no solo desde el punto de vista físico-topográfico y medio ambiental, sino también en el sentido de marcar aquí, tras mas de cincuenta años, el final definitivo e irreversible de una época, la de la minería, que fue a su vez el principio del final de la practica totalidad de nuestra tradición rural y artesanal en As Pontes.

Puede y debe de ser pues el momento de mirar, y especialmente proyectar, el futuro, y proyectar no es cuestión de adivinación sino, antes al contrario, de predicción o prospectiva, y para ello es imprescindible conocer el pasado y la evolución de los acontecimientos, pues, sin cultura histórica y viendo las cosas únicamente como son y aparecen, ignorando como se han producido, nadie puede trabajar eficazmente para el futuro y mucho menos proyectarlo, para no recordar, y mas bien olvidar cuanto antes y para siempre, a quienes llenaban únicamente su boca y no la realidad de "proyectos" (siempre inconclusos) plenos de "calidad total" y "desarrollo sostenible", en un ejercicio de charlatanería pública a la moda pero impresentable, acultural y empobrecedora.

Esta resultando muy claro para nosotros en los últimos años aunque suene a blasfemia, que el progreso no es necesario, y que el ir a más no siempre conduce a lo mejor, sino que muchas veces lleva al fracaso y al retroceso, ni tampoco ese progreso es rectilíneo, ni predeterminado, y que en muchos aspectos, empezando por el económico y siguiendo por el moral y cultural (entiéndase cultura, no formación tecnológica), parece claro que retrocedemos, y que el futuro, no siendo inevitable, esta condicionado básicamente por dos elementos fundamentales; el primero por la capacidad de actuación singular de individuos libres y que ejercen su libertad, lo que influye decisivamente en la vida de sus comunidades, y por otro, por lo que suele llamarse principio de causalidad, es decir, un conjunto de datos y tendencias económicas, sociales y políticas que a su vez propician un tipo de resultados.

En As Pontes, tras la llegada primero de Calvo Sotelo y más aún la de Endesa, se produjo la paulatina desaparición de toda influencia en los destinos de la comunidad de los ya escasos grupos familiares locales que tradicionalmente la ostentaban, en unos casos por crecimiento y desa-

rrrollo de sus empresas y actividades y consiguiente abandono físico de la villa, y en otros, por falta de continuidad generacional, siendo sustituidos por un nuevo empresariado, a veces eficiente y próspero, pero con un limitado sentido de pueblo e interés colectivo, a lo que vino a sumarse el abandono forzado de la villa por parte de la mayor parte de los jóvenes y mejor preparados profesionales, incluso, al ritmo de la mejoría en las comunicaciones, en algún caso trabajando en la localidad. Podemos afirmar, pues, que nuestra situación, en cuanto a capital humano y posibilidades de actuaciones y liderazgos singulares, creíbles y científicamente fundados, es hoy inferior en As Pontes a la de hace veinte años, siendo sustituidos estos liderazgos públicos por el de una caterva de sindicalistas tabernarios y charlatanes ("nandis", "monix", "kikos", etc.) ávidos de protagonismo y lacayos del poder económico, y el de una clase política local diezmada y dominada por el sectarismo, inculta y desconocedora de su propia incultura y por tanto de la conveniencia de subsanarla y que lo tiene siempre "todo claro".

Y si el panorama a nivel individual es desolador para encauzar el futuro, no lo es menos a nivel social. Vivimos en una sociedad local mayoritariamente "culturizada" y en muchos casos manipulada por La Voz de Galicia "o dixo o periódico", perdida entre un "universalismo" bondadoso que nos lleva a preocuparnos mas del problema saharauí o de los niños hindúes que del anciano vecino de las Casas Baratas o a hermanamientos inconsistentes y folklóricos con poblaciones cada vez mas alejadas y exóticas, inmersa en un "pacifismo" tolerante con los bombardeos de la OTAN o las intervenciones militares mercenarias, pero "humanitarias" de Afganistán o el Líbano, convencida de un "progreso" que no pasa de ser teléfono móvil, ordenador o pantalla plana para ver los partidos y bajarse música de Internet, mientras la espera de un paciente es de más de siete meses para ser operado de una hernia y cada vez los sueldos son más bajos. Una sociedad felizmente integrada en una "monarquía democrática" que sigue celebrando los fastuosos casorios y partos continuos de las féminas de la Casa Real pero que propicia al tiempo y en la practica que cada día los ricos sean más ricos y los pobres más pobres. Una sociedad, al parecer, seriamente preocupada también por un "medio ambiente" que le hace mirar con reticencia el humo de "nuestra" chimenea o la andalucita del Fontardiñón

mientras aplaude entusiasta a una Paulina Rubio que mueve sus caderas sobre uno de los mayores y seguramente más peligrosos depósitos de tóxicos de Europa, emplazado en un minúsculo municipio gobernado, como tantos otros en Galicia, por un señor feudal democráticamente elegido: As Somozas . Eso sí, un colectivo local últimamente menos preocupado por el, hasta ayer, gravísimo tema de la "nación" gallega o el eterno revival político-medio ambiental del "nunca máis", cuestiones hoy sustituidas en nuestro pensamiento colectivo por el proyecto, también muy trascendental para nuestra (más bien baja) autoestima, del satélite galaico de los Touriño y demás componentes de una clase política a nivel autonómico y nacional profesionalizada, viviendo ellos y sus familias exclusivamente de la actividad política, cultivadora y experta en las técnicas de conquista y conservación del poder con merma de otros proyectos de largo alcance, únicamente preocupados de lo que luzca en el momento y de o quite el poder en los próximos cuatro años, sin interés alguno por un análisis histórico ni de futuro que trascienda al hoy, o al inmediato mañana.

Y así ,cada fin de semana, la noche será en nuestra villa para el botellón, la orgía colombiana y la liga de fútbol, para a partir de los treinta y cinco, y quizás en el segundo matrimonio o con la camarera del bar de enfrente y ultima compañera de piso, plantearnos tener algún hijo al que cuidarán y mantendrán por riguroso turno sus ilusionadas abuelas, como exige la modernidad, para, finalmente, y si no vino por herencia o los "viejos" no alcanzan a financiarlo con la venta del patrimonio de los abuelos en el Freixo, conseguir un "crédito fácil" a cuarenta años que nos permita tener vivienda propia.

Y mientras tanto, como los leones en la sábana, contemplando el paso de una manada socialmente descazadora, la Gran Madre Endesa y el empresariado local más o menos vinculado a ella o independiente, esperando, para llenar sus estómagos, la caída de los mas débiles, aquellos que dejaran su juventud y su vida entre turnos, sacos de pienso y tóxicos por los mil euros, algunos de ellos arrollados por sus propios compañeros y cegados todos por la urgencia de la hipoteca, la factura de las vacaciones o el cambio de coche.

Parece claro pues que, ni a nivel de liderazgos individuales o tendencias sociales, ni en lo concerniente a los aspectos económicos y políticos predominantes, haya demasiadas razones para ser optimista; somos, como dice Spengler, un pueblo que rechaza el examen histórico, que no favorece el recuerdo (círculo lítico, museo local) y solo quiere vivir el presente, y en consecuencia aparentemente condenado al fracaso, pero, pese a todo, el futuro llama a la puerta, y de igual modo que en mayo del sesenta y ocho los jóvenes franceses, tendremos también que ser nosotros realistas, y como ellos, una vez más, pedir lo imposible.

Aquilino Meizoso Carballo